



CAPITULO VIII

Zaragoza

QUANDO volvió de su expedición á Izúcar, encontró Miguel un pliego del Cuartel general, en que le ordenaban pasar á Acatzingo y presentarse al General en jefe. Aquel camino fué para Miguel la revelación de lo que era el Ejército mexicano y de la inmensa cantidad de esfuerzo que se necesitaba para triunfar de los franceses. Había visto el cinco de Mayo salir casi desnudos á los soldados de Negrete, llevando por todo arreo, encima de las carnes, un sarape embrocado que se fajaba con la cartuchera, y un indicio de calzón cubriéndoles los muslos; había visto las terribles escaseces que cercaban á cuantos recibían el prest, al grado que sólo un día, el ocho de Mayo, habían tenido las tropas haber íntegro, pues los demás se habían contentado con *cuartilla* ó *medio*, cuando se encontraban,

ó con rancho de maíz agorgojado, de frijol podrido, y, sobre todo, de arvejón picado, que abundaba prodigiosamente.

Pero con aquel medio las mujeres hacían milagros; tres *tlacos* servían para comprar maíz y *martajar* gordas y *totopo*; del tlaco restante se compraba la mitad de chile y medio tlaco de sal. Se echaban las gordas en una bolsa de manta, se encendía fuego donde era posible y se comía con una gana que ya la hubieran querido para sí los tragones de jamón que mandaba Forey.

Pero, en cambio, ¡qué alegría, qué confianza en el triunfo, qué hermosas bravatas, qué arriesgadas aventuras, qué expediciones más extravagantes y más llenas de peripecias! Durante sus días de soldadesca, Miguel había notado tres capas en la gente que formaba el ejército: indios súfridos, quietos, impasibles, que lo mismo veían llegar una granada que una talega de pesos; rancheros alegres, valientes, generosos, llenos de entusiasmo y decididos á tomarlo todo á broma; y los pocos jóvenes de la pequeña burguesía que iban teniendo nociones claras de lo que eran patria y libertad.

Muestra de los primeros, eran los soldados del batallón Morelos, que ocupaban la iglesia de Guadalupe la mañana del cinco de Mayo. Cundió el pánico entre ellos en el momento en que el enemigo, no sólo subía al cerro, sino que rebasaba la trinchera. Fueron vanas las excitaciones

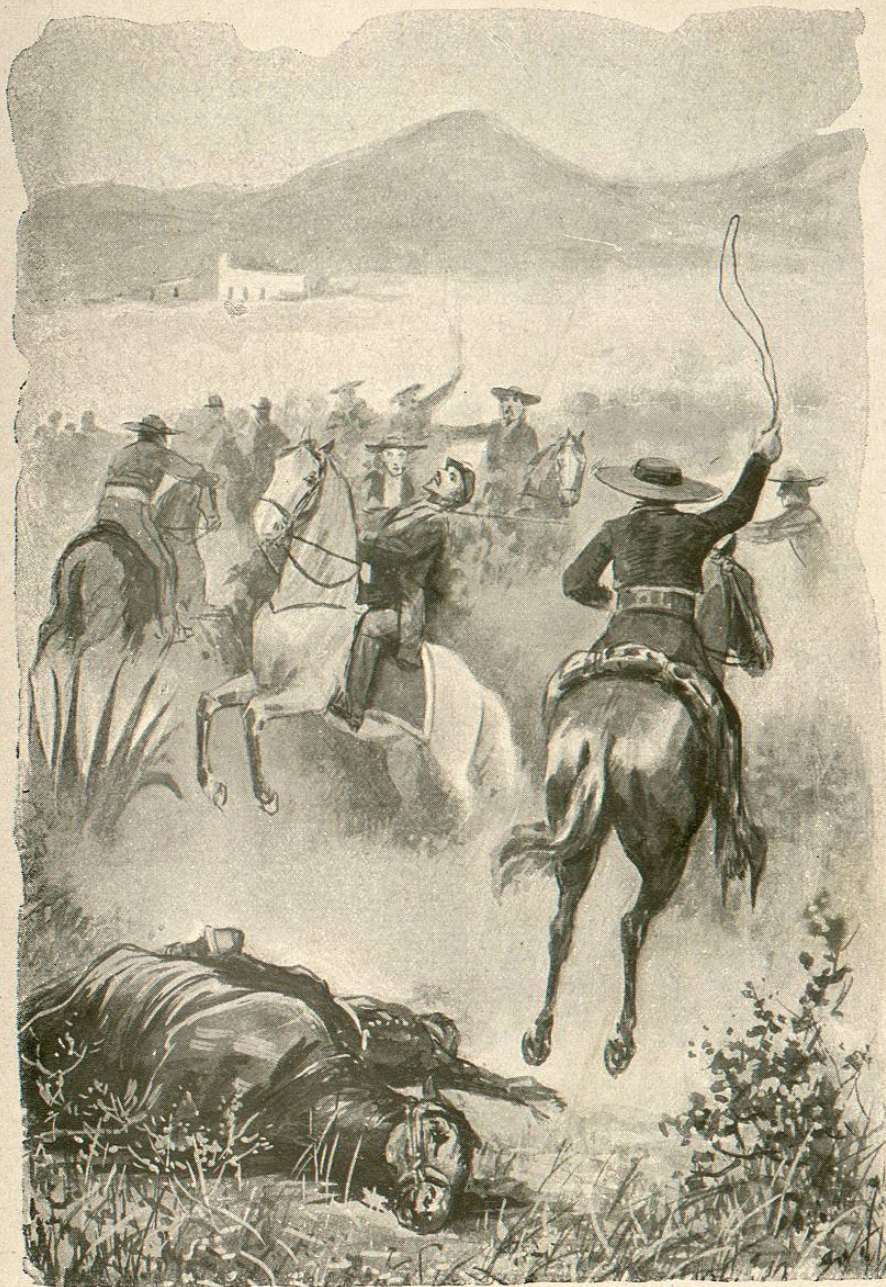
del coronel González Arratia para obligarles á resistir, é indignado el jefe, empuñó la espada y traspasó á tres soldados que quedaron en el sitio. Mas el remedio no resultó, pues los otros *juanes* empezaron á tirar los fusiles y á ponerse en fila para que Arratia les despanzurrara. Afortunadamente, en esos momentos pasó por la iglesia el batallón *Reforma de San Luis*, con el arma al brazo y dispuesto á ocupar las posiciones abandonadas. El coronel vió en eso un recurso; hizo creer á los pobres muchachos que los franceses iban de huída, y la prueba de ello era que *Reforma*, que venía tras de *Morelos*, avanzaba victorioso. Salen confortados, se encuentran con el enemigo á unos cuantos metros, y le resisten; le causan muchas pérdidas y le obligan á bajar hasta el último barranco.

Los rancheros eran el elemento de buen humor en la guerra. Ya podré referir las bárbaras proezas del gran patriota Méndez, el primero en la horrible guerra de encrucijadas; pero bueno es saber que desde el desembarco de los intervencionistas, hubo casos curiosísimos.

En Orizaba salieron á recorrer el campo los ayudantes de Zaragoza, que querían ver de cerca á los franceses y observarles. Formaban el grupo fronterizos de pura sangre, hábiles en el manejo del caballo y de la reata, y capaces de lanzar á las siete cabrillas. Caminaban riendo y sin preocupaciones, cuando observaron un grupo de diez ó doce franceses, muy lucido. En vez de huir se diri-

gieron resueltamente á ellos, que les dejaron acercarse creyéndoles soldados de Márquez; desataron sus reatas, hicieron lazo, y antes que los confiados franceses pudieran resistir, Pedro de León, Teófilo Z. Martínez, García y López habían cogido sendos franceses y les tenían cuál sujeto del cuello, cuál de la cintura, cuál de los brazos; el resto del grupo echó á correr. Les despojaron de los rifles y pistolas, les dispusieron se entregaran, y cada cual con su presa lazada y en la propia disposición que la habían cogido, marchó hasta la tienda del General en jefe. Uno de los presos resultó ser nada menos que Mr. Desleaux, jefe de la brigada de artillería de marina y gobernador de la plaza de Orizaba, siendo los demás sus acompañantes. Sólo Desleaux fué canjeado por cuarenta oficiales mexicanos, presos á consecuencia de la acción del Borrego.

También en Orizaba, el día del ataque al Ingenio, una fracción de infantería francesa quedó disgregada del resto de su batallón. Sin asustarse, aquellos valientes formaron cuadro, y con las bayonetas listas pensaron resistir la carga de caballería... No hubo tal; dos charros cogieron una reata por un extremo y otros dos por el contrario, picaron espuelas á sus pencos y dieron contra aquella muralla de pechos valientes y de aceros relumbrantes... Los zuavos de uno de los frentes cayeron como los perros á quien se da manta, patas arriba y sin poderse



...habían cogido sendos franceses y les tenían cuál sujeto del cuello, cuál de la cintura, cuál de los brazos...

valer; los demás se desbandaron y fueron presa fácil de los machetes fronterizos.

De lo que sabían hacer los estudiantejos destripados, los comerciantillos que saltaban del mostrador para empuñar el fusil y los muchachos consentidos que sentían ansias de vida libre, verá mucho en estas páginas quien las abra por cualquier parte.

Decíamos, pues, que Miguel fué llamado al Cuartel general de Zaragoza. El oficialillo conocía poco el mundo; pero se figuraba no podría menos de tener el ceremonial de un monarca quien era en aquellas horas incensado y puesto en el lugar más alto por toda la nación, que se asombraba de su genio, su gloria y su fortuna.

Y, en efecto, á Zaragoza, que tenía gran mérito de suyo, se le aumentaba la importancia en tercio y quinto, creyéndose que ni Escipión, ni Aníbal, ni César, ni el mismo Napoleón servían para descalzarle las botas fuertes.

Pero, en vez del semidiós que creía hallar, Miguel se encontró un joven sencillo, fuerte, noble y bueno, que poseía la señal mejor para que se conociese su valer; los que le amaban más, eran los que estaban más cerca de él.

Zaragoza era trigueño, carirredondo, lampiño, de cuerpo regular, algo entrado en carnes, de ojos hermosos aunque miopes, y de mirada dulce que no le impedía sentir á las veces verdaderos accesos de furiosa cólera.

Se hallaba por aquellos días en la fuerza de la edad, pues apenas alcanzaba los treinta y tres años, y demostraba en toda su persona el perfecto arreglo de facultades y potencias, que le hacía mirar todo, no con clarividencia de genio, sino con calma y tesón de hombre equilibrado.

Discurría en unión de dos oficiales superiores, cuando entró Miguel, después de anunciarse por medio del ayudante de servicio.

— ¡Ah, usted es el subteniente Olivos!... Me habían contado que era muy joven; pero no me le figuraba un chiquillo.

— Tengo diez y nueve años cumplidos, mi General.

— Pues no representa arriba de diez y seis... Recibí una carta del general Doblado recomendándome al subteniente Olivos, que toma las armas por su gusto y deseo de defender á la patria...

— Es verdad, mi General.

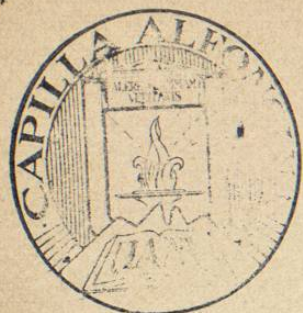
— Esa conducta deberían seguir todos los mexicanos honrados, y sobre todo los que pertenecen á las clases directoras; pero, desgraciadamente, no es tan abundante la entrada como debería ser, dado el peligro que corremos...

— Sí, mi General.

— Las recomendaciones del señor Doblado son órdenes para mí, y deseoso de que el señor General vea que le



El general D. Ignacio Zaragoza



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

atiendo, he determinado pase usted á formar parte de mi Estado Mayor.

— Mil gracias, mi General.

— Licenciado, dijo al general Garza Ayala, que estaba presente, desde hoy este muchacho pertenece á los tuyos.

— Está bien, contestó Ayala, y aparte á Miguel: «Ahora no es el ayudantazgo un carguito seductor; no hay que andar de parada, hecho un veinticuatro, enamorando muchachas y yendo al teatro á acompañar á los grandes: hay mucho sol, muchas mojadas, mucho trabajar y mucho no comer.»

— A eso vengo, mi General.

— Pues pase al cuarto de los muchachos.

Entre los ayudantes se encontró Miguel jóvenes de Nuevo León y Coahuila, paisanos del General. Acogieron con cariño á Miguel, y uno de ellos, Martínez, le tomó por su cuenta para instruirle de sus obligaciones.

— Esto es el oficio del aguador, le dijo; al primer viaje se aprende. No hay más que estar pendiente de nuestro jefe, Garza Ayala, hacer con prontitud lo que manda, trabajar duro y tupido, y querer de veras á Zaragoza.

— Pues cuente usted con que ya soy un ayudante modelo... Me habían dicho que el General tenía muy mal genio... Pero ¡qué mal genio va á tener, si me trató como á un amigo!

— Y así es siempre con nosotros, dijo Martínez; la